

Nueva semblanza de Juvenal

Bartolomé SEGURA RAMOS

RESUMEN

El Autor, que ha traducido al español la obra de Juvenal para la «Colección Hispánica de Autores Griegos y Latinos» de Ediciones Alma Mater, expone brevemente en este artículo —desde su repetida lectura de las Sátiras y su conocimiento de la bibliografía correspondiente— los rasgos de la personalidad del satírico romano que le parecen más peculiares, insistiendo en el humor en sus distintas facetas y en el lirismo de algunos pasajes, así como en la modernidad de los versos de la sátira XVI.

SUMMARY

The Author, who has translated the work of Juvenal to spanish for the «Colección Hispánica de Autores Griegos y Latinos» (Ediciones Alma Mater), presents briefly in this paper —basing his view on continued reading of the Satires and knowledge of the pertinent literature— a peculiar portrait of the Roman satirist, insisting on his humour in different forms, on the lyric colour of some passages and on the modernity of the lines of the XVIth satire.

Juvenal era, originariamente al menos y durante bastante tiempo de su vida, pobre en el sentido romano de la palabra, es decir, aquel individuo libre que no disponía de los cuatrocientos mil sestercios que le garantizaban el rango de caballero y que por consiguiente había de vivir como cliente de algún señor, pero que sí disponía de los suficientes medios materiales para vivir: casa, esclavos, comida, etc. Por lo tanto, no hay que ver en nuestro poeta a un desgraciado lleno de resabios contra todo y contra todos, como

pretenden algunos. Apegado a los *mores maiorum*, como la mayoría de los romanos de buena educación, nostálgico del pasado, como casi todos los poetas (XI, 151-153: «éste es el hijo de un pastor endurecido, aquél, de un vaquero. Suspira por su madre, a la que no ha visto hace mucho tiempo, / y lleno de melancolía echa de menos su choza y los cabritos conocidos»), y enormemente sentimental: XV 131-136 «La naturaleza declara dar al género / humano corazones harto blandos, porque le ha dado / las lágrimas: ésta es la parte mejor de nosotros, el sentimiento. / Así es que ella nos invita a llorar ante la miseria de un amigo / que es reo en un juicio, ante un pupilo que cita a juicio / al tutor que le ha engañado»; VI 219-221 (a propósito de la mujer mandona): «Crucifica a este esclavo.» «¿Qué crimen ha cometido para merecer / el tormento? ¿Quién es su acusador? ¿Qué testigos hay? Tienes / que oírle. Ninguna vacilación sobre la muerte de un hombre es jamás larga», se nos presenta como hombre honrado a carta cabal, no tanto por sus ataques a los vicios y flaquezas humanas cuanto por lo que se desprende de su comportamiento: la sátira XI nos revela su sencillez, la III, puesta en boca de Umbricio, deja traslucir su propio carácter: «¿Qué voy a hacer en Roma? No sé mentir; no puedo alabar / un libro si es malo, y pedirlo; desconozco / los movimientos de los astros; prometer la muerte de un padre / no quiero ni puedo; jamás he inspeccionado las entrañas / de las ranas; llevar a una casada lo que le envía su amante, / lo que le encarga, otros saben; con mi ayuda nadie / será ladrón, y por eso no salgo acompañando a nadie» (41-47); y amante de la libertad espiritual; cf. XIII 49-52: «Aún no le había tocado en suerte a nadie el sombrío imperio / subterráneo, ni existía el siniestro Plutón con su esposa siciliana, / ni había rueda ni Furias ni peñasco, ni el tormento del buitre / negro, sino sombras alegres sin reyes infernales.» Fue en alguna ocasión xenóbolo, como sin duda fueron los romanos desde tiempo inmemorial: resistencia a la cultura y civilización griega ya en el siglo II a.C. (recuérdese a Catón), desconfianza de los griegos (Plauto, *Curc.* 288 *isti Graeci palliati,...* 294 *eos si offendero*), determinado resentimiento contra ellos (Horacio, *Epist.* II, 1, 156, *Graecia capta ferum victorem cepit*; el mismo Virgilio, en la famosa comparación de *Aen.* VI 847-848 *Excedunt alii spirantia mollius aera / (credo equidem), uiuos ducent de marmore uultus...*); mas con todo, estos rasgos xenófobos se expresan fundamentalmente en una sátira, la III, que está puesta en boca de otra persona, lo que implica un cierto matiz de perspectiva: las afirmaciones no son directamente de Juvenal, que en cierta manera, se inhibe acerca de ellas.

Por otra parte, quisiera que el lector comprendiera cómo se debe leer a Juvenal: no como a un calvinista amargado y resentido, un furibundo padre de la Iglesia que arremete contra todos los vicios de la humanidad, que es la manera como se ha querido ver al buen satírico, ni siquiera como quien comenzó con furia desatada y se fue aplacando como el huracán. No. A Juvenal hay que leerlo desternillándose de risa desde la primera palabra

hasta la última, porque así es como Él quiere ser leído, así quiere ser visto y sentido y comprendido; porque Juvenal fue lo que, para entendernos, podemos expresar con vulgar frase: «un cachondo mental». En efecto: el humor, la gracia, la ironía, la carcajada, es el norte que guía a nuestro satírico en todo momento; los contextos que crea, el fondo que late implícito y que hay que leer entre líneas, la utilización de la mitología o la historia a sus fines cómicos, colocando esos comentarios en un contexto prosaico en el que por contraste provocan la hilaridad, las felices y continuas expresiones a que recurre, todo apunta a esta interpretación, la verídica, la certa, la única. Juvenal evolucionó, como no podía ser menos, por cuanto su obra, breve, pero concienzudamente trabajada, se prolonga a lo largo de más de cuarenta años: ¿cómo no iba a evolucionar a lo largo de tanto tiempo? Pero si sus primeras sátiras muestran un tono diferente a las del medio y éstas a las últimas, esos diversos tonos y talantes no son sino máscaras o poses, condicionadas, por lo demás, necesariamente, por la edad: primero, adoptó la táctica del ardor, luego, de la serenidad, por último, del desdén y la mansedumbre. Servidumbre de la edad; es igual: por debajo, un mismo espíritu siempre, un mismo afán, una misma meta: hacer reír por encima de todo, tratar no importa qué asunto de una manera graciosa, cómica, humorística. En Juvenal, aunque diga la verdad (recuérdese el horaciano *ridentem dicere uerum*, sólo que en el caso de Juvenal al *ridentem* habría que añadir *summa cum hilaritate*), en todo momento desea hacerlo mofándose de todo; y su supuesta pasión de las primeras sátiras está tan subordinada a este principio, como la serenidad y calma de las centrales y las mustias y seniles de su último período (nuestro poeta procede de situaciones más concretas en las primeras sátiras a otras más generales en las centrales y últimas). Hay que ver en Juvenal la gracia, la burla y la comicidad desde el primer verso al último: cualquier otra lectura anda extraviada. Así se explica también la alusión a los muertos de la Vía Flaminia al final de la primera sátira: no es sino una broma, con la que de entrada se burla de sus futuros intérpretes. A Juvenal le dan igual vivos que muertos: ilustra como conviene en cada caso los asuntos que censura, pues después de todo, aspira a que el lector se retuerza de risa; de modo que es el único escritor romano estricta y propiamente hablando que responde al concepto moderno de humorista (en el buen sentido de la palabra).

Y ya que hemos aludido a la interpretación de la alusión juvenaliana a los muertos de la sátira I, añadamos algunas cosas más sobre el resto de su producción. En primer lugar, algo atañente a la famosa sexta sátira, la más larga de su repertorio y que quizás ha podido llamar la atención por estar dedicada en exclusiva a las mujeres. En primer término, hemos de decir que si Juvenal dedica la más larga de sus sátiras (cerca de 700 versos) a atacar a las mujeres, no olvidemos que el resto de su producción, que abarca todavía más de 3.000 versos, está dedicada por entero a criticar a los hombres; en

segundo lugar, hay que dejar claro algo que puede pasar desapercibido a muchos: Juvenal ataca a la mujer, no en cuanto mujer, porque ésta sea así o de otra manera por naturaleza, sino en cuanto que, al igual que el hombre, también el género femenino ha degenerado desde los buenos tiempos, a que todos los poetas hacen tan continuas referencias. Y no sólo es esto cierto (en la sátira II, una mujer, Laronia, es vista con buenos ojos por Juvenal y en su boca precisamente pone un largo discurso contra los hombres que nuestro poeta aprueba de buen grado; y en la VI se deja bien claro que el matrimonio, pues es con el pretexto de la boda de su amigo Póstumo como el poeta escribe la sátira, es sagrado, y el satírico recoge a una mujer, Cornelia, madre de los Gracos, que de tan perfecta como era resultaba inaguantable), sino que la degeneración (a la que ya se alude claramente desde la presentación de la sátira en la cual se describe la edad de oro y unos hogares pudibundos y decentes al cien por cien) que subyace como *leit-motiv* de su ataque a las mujeres afecta casi exclusivamente a la clase alta, a la nobleza: nobles son Epia, Mesalina, Sauseya, Medulina y tantas otras que desfilan por la sátira; y es que la degeneración para Juvenal es en sentido propio la de la nobleza.

Hemos significado líneas arriba las diferentes poses, máscaras o tácticas que Juvenal, aprovechando el ánimo de las distintas etapas de su vida, ha utilizado al escribir las sucesivas sátiras, sin que en ningún caso la aspiración máxima del poeta, el humor, sufriese menoscabo alguno. En efecto, después de la sátira VII, el ánimo del poeta se serena y a partir del quinto y último libro, a saber, las sátiras XIII, XIV, XV y XVI, nuestro satírico entra en pleno declive de la edad. Así, la XIII es la más pesada y soporífera de sus sátiras, la XIV enlaza mal la educación paterna y el asunto de la avaricia, que ocupa más de dos tercios de esta sátira, cuya extensión rebasa los 300 versos; la XV acude a un exótico tema, el canibalismo en un pueblo de Egipto, para a continuación abordar la cuestión de la cultura y los sentimientos humanos (de todos modos, ya antes, la XII, referida a narrar el naufragio de un amigo suyo y el sacrificio que el poeta celebra en su honor, no tiene absolutamente nada de sátira); por último, la sátira XVI es un caso aparte y no sólo por ser una obra inconclusa (sólo alcanza 60 versos), sino por el tenor y estilo: éstos son por completo diferentes a toda su obra precedente. Juvenal trata por primera vez la profesión militar, y lo hace con una ironía descompasada desde el primer momento; y no sólo es irónica la incompleta sátira en cuestión, sino que presenta rasgos muy lejanos a la senil decadencia y comprensiva placidez que caracteriza a sus últimas creaciones: como si el poeta renaciese de sus cenizas y aspirase a encontrar un estilo nuevo, surrealista y kafkiano *avant la lettre* a la vez, lleno de vitalidad y energía. Desde ese punto de vista, la obra se aparta de toda la producción del poeta, y uno se siente tentado a pensar que era ese estilo precisamente el que tal vez habría anhelado este escritor romano de aire tan moderno que

no existe otro en toda la literatura latina que presente ese singular rasgo en grado tan manifiesto, El Juvenal de la sátira XVI, incompleta y breve, es un escritor romano que está más allá de su tiempo y de la literatura latina en general.

No quisiera concluir sin apuntar otro rasgo que, tratándose de un escritor de sátiras, es decir, de un género moralista y censorio, poco apropiado a efusiones emotivas, suele ser poco tenido en cuenta por los estudiosos y que por eso ha de llamarnos más la atención: me refiero a los numerosos «toques» líricos que salpican sus más de 3.800 hexámetros satíricos. Pondré unos cuantos ejemplos nada más para ilustrar esta característica. En VII 53-59 leemos: «Pero el poeta singular, cuya vena no sea la de todos, / que no acostumbra a componer nada tópico, y que no / forja un poema trivial con la moneda común, a éste, / que no me atrevo a describir cómo es y tan sólo siento, / lo crea un espíritu libre de ansiedad, que no tolera nada / que sea sombrío, que anhela las selvas y sabe beber / en las fuentes de las Aónides.» Y en VII 207-210: «Den los dioses tierra fina y sin peso, y azafranes perfumados / y una primavera perpetua en la urna a la sombra / de los mayores que quisieron poner al preceptor en el lugar / del santo padre.» También en IX 126-129: «Porque se da prisa a correr, efímera / florecilla, esta brevísimas porción de la vida, limitada / y miserable. Mientras bebemos, mientras pedimos guirnaldas, / perfumes y chicas, se nos cuela sin advertirlo la vejez.» En XIV 253-254: «Si quieres coger otros higos y acariciar / otras rosas, has de poseer...».

Bibliografía

J. Adamietz, *Untersuchungen zu Juvenal*, Wiesbaden 1972.
 W. S. Anderson, *The rhetoric of Juvenal*, Yale 1954.
 —, *Essays on the Roman Satire*, Princeton 1982.
 M. Balasch, *Persio-Juvenal. Sátiras*, Madrid (Gredos) 1991.
 F. Bellandi, *Etica diatribica e protesta sociales nelle Satire di Giovenale*, Bolonia 1980.
 S. H. Braund, *Beyond anger. A study of Juvenal's third book of Satires*, Cambridge 1988.
 J. P. Cèbe, *La caricature et la parodie dans le monde romain antique, des origines à Juvénal*, París 1966.
 W. V. Clausen, *A. Persi Flacci et D. Iuni Iuvenalis Satura*, Oxford 1959 (rev. 1992).
 M. Coffey, *Roman Satire*, Londres-N. York 1976.
 A. M. Corn, *The persona in the fifth book of Juvenal's Satires*, Michigan 1985.
 E. Courtney, *A commentary on the Satires of Juvenal*, Londres 1980.
 J. de Decker, *Juvenalis declamans. Étude sur la rhétorique déclamatoire dans les Satires de Juvénal*, Gand 1913.
 J. D. Duff, *D. I. Juvenalis Satura XIV. Fourteen satires of Juvenal*, Cambridge 1970 (reimpresión con una nueva introducción de M. Coffey).
 J. Dürr, *Das Leben Juvenals*, Leipzig 1888.

S. Edwards, *Parody and poetics in the Satires of Juvenal*, Diss. Bryn College 1987.

J. Ferguson, *A prosopography to the Poems of Juvenal*, Bruselas 1987.

L. Friedländer, *D. Iunii Iuvenalis Saturarum libri V*, Amsterdam 1962 (Leipzig 1895).

—, *Essays on Juvenal*, Amsterdam 1969.

K. Heindl, *Bilder, Vergleiche und Beschreibungen bei Juvenal*, Viena 1951.

A. Highet, *Juvenal the Satirist. A study*, Oxford 1954.

F. A. M. Jones, *The protagonists in the Satires of Juvenal*, Diss. Univ. of St. Andrews 1986.

P. de Labriolle-F. Villeneuve, *Juvénal. Satires*, París 1963.

G. Laudizi, *Il frammento Windstedt*, Lecce 1982.

M. Lowery, *A study of mythology in the Satires of Juvenal*, Indianapolis 1979.

N. Rudd, *Johnson's Juvenal: «London» and «The Vanity of Human Wishes»*, Bristol 1981.

—, *Themes in Roman Satire*, Londres 1986.

N. Rudd-W. Barr, *Juvenal. The satires*, Oxford 1991.

A. Serafini, *Studio sulla Satira di Giovenale*, Firenze 1957.

M. M. Winkler, *The liberal muse. Juvenal's sexual persona and the purpose of satire*, Los Angeles 1982.

—, *The persona in three satires of Juvenal*, Hildesheim 1983.